

Señor Don Mariano Gálvez

Agosto 10
1866

Nueva York Agosto 20 de 1866.

Mi estimada amiga:

He recibido sus dos proyectos de tratados, i contestatole especialmente permitiéndole algunas ligeras observaciones sobre su contenido i practicabilidad.

Sar que aquí le hare, no tienen ni de carácter de confidenciales. Me dirijí a mi amigo con la franqueza que usaria si ninguno de nosotros publicase tales escritos. Es sin duda buena el trabajo que se toma un ministro de formular un tratado, que aprueba las miras i propósitos del gobierno; pero este está expuesto a graves inconvenientes. No pondré entre ellos, el del de procurarlo que se deje a un Abate Planié que presente al gobierno de esta nación su proyecto de tratado; i si le proponen modificaciones substanciales, debe enviárselas a cualquiera de las legaciones de distancia al Ministro que formulará el primer borrador recibiendo de él, abrir a las seis veces nuevas con-

venia, recibia nuevas objeciones, y remitiéndolas,
del mismo modo. Por este sistema las nego-
ciaciones en realidad se tienen entre el
Ministro en B. Ayres i Mr Seward. El nego-
ciador de derecho es puramente nominal, es
un simple agente para comunicar las
preguntas. Pero no está ahí la dificultad. Está
en que tratando de la forma i materia del
tratado, no se deja a la otra parte contra-
tante su derecho de estipular sino sobre
un padron que le someten, i en materia
de postea marítima, los Estados Unidos tienen
títulos para pretender que sus formas i
materia del tratado sirven de base a sus
varios arreglos, segun el sistema que para con
las grandes naciones han adoptado. Si
es cierto que es de presumir que en una est-
ipulación, ni siquiera admitan que el
coetador propuesto sea considerado, i que
al primer paso me sea necesario remitir
a B. Ayres la resolución.

Pero meade en el tratado sobre su soberania.
Los Estados Unidos tienen sus leyes, i sus prin-
cipios que sostienen con todas las naciones,
relativamente al extranjero domesticado.
El argentino aqui, (que en realidad no existe)

es el entrapero, i nada estipularan en su favor, que no modifique la posición de todos los extranjeros. No estipularan pues nada, que no sean sus propias leyes.

Oros habiéndole a V. C. al Vtro de Jofre recomen-
dado leer un opusculo mio sobre ciudadanía
escrito hace quince años me parece. No ten-
ga a menos leído. Con quince años mas de
estudio de esa cuestión, pero ahora tengo
ahora que enmendar. Contarle a V. un
cuento para mostrarle que no soy extraño
a las cuestiones de derecho de gentes. En 1843
tuve en Chile una cuestión sobre un preste
de derecho de gentes con tanfuentes, uno de
los luminarres del instituto. Luego despues
fui ministro, i tuve que acercarme a él,
i entonces tuve la franquicia de hablarle
sobre la cuestión tenida en estos términos
que abrevio. Nosotros estudiamos en el in-
stituto por un ciudadano, damos nuestras le-
cciones, rendimos exámenes i sabemos a la
calle por maduros, de que somos unos. Vattel
se presenta una cuestión como la que he-
mos tenido con él i recuerda que hai un mun-
do de ideas, i nuevos horizontes, que no de-
jaba sospechar el libro que habíamos
tomado por escrito. V. me ha abuelto la

En 1863. creí, mecedió' la del Consul de Chile
con la Aduana de San Juan, i yo procedí
como V. desaprobó al principio i halló aque-
tado despues, cuando se hizo cargo del asunto.
Santa Maria publicó en Chile un decreto,
denunciando en terminos desmesurados
el arbitrio i absurdo de mi procedimiento
y todos los chilenos le hallaron razón, por
que Santa Maria es otro lumina. Cuando
fui a Santiago, les pasé una notita, de dos
párrafos, criticando mi procedimiento,
i provocándolos a la discusión a los sabios,
¿sabe lo que hicieron? Pusieron al Consul
de San Juan, en el presupuesto del Ministe-
rio de Hacienda, con lo que reconocían que
yo había obrado en regla i se callaron. En
tonces sobre mi nota tan modesta, y tan
moderada en la forma i tan burlesca en el
fondo, para no confesar que no sabían lo
que se peccaban.

Mi nota dando cuenta a los Gobiernos america-
nos, de la cuestion Chincha, fue adoptada
a unanimidad por el Congreso americano
i declarado publicamente por Par. Selden
Montt, que es la plata labrada del derecho,
como un modelo de examen juridico de
cuestiones de derecho internacional. Si en

el Congreso americano i en la cuestion chilena
 char no obtiene siempre la aprobacion de
 mi gobierno, no tengo sin embargo una jota
 que retractar de mis actos, porque todos eran
 reputados e a derecho, o a las facultades inheren-
 tes a mi cargo de Ministro Plenipotenciario.
 Con estos antecedentes, que como jefe de servi-
 cios me es visto presentar en la comisiona
 de amigos, le pediria que en sus instruccio-
 nes me diera mas latitud de accion, segun
 que, sin salir de mis atribuciones, no he de
 hacer nada que no haria V. a otro minis-
 tro por las mismas causas, a saber por
 que debe suponerse que tengo el mismo
 interes por mi pais, i segundo porque se
 por lo menos tanta culpa en cualquiera otro
 que tenga titulos para ser creido, lo que de-
 be hacer.

Debo decirle francamente que me aflige
 i exaspera esta estrechez de facultades, en
 que me veo circunscrito; i me persuado
 que mi conducta en Chile i Peru, juzgada
 por las primeras impresiones hijas de la
 distancia, V. convendra que nunca sali-
 de ese estrecho círculo, de que parecian
 tan imitadores. No permitire la franqueza

de observarle, que el Gobierno Nacional ha
a decidido en la parte que a mi se refiere
al menos, de un exceso de susceptibilidad de
reconocer no solo la dirección sino la ac-
ción de sus propios agentes. Debole a V. per-
nalmente la justicia de reconocer que si ha
participado de este espíritu lo hizo siempre
sin lastimar las susceptibilidades perso-
nales. Opela que pudiera decir otro tanto
de los otros. En San Juan no solo pretendie-
ron ejercer mas influencia i poder que el
que les correspondia, sino que oficial, confi-
dencial i privadamente, cada uno se esmeró
en darme muestras de lo poco en que era
tenido, arruinandome con notas oficiales,
o panfletos impudentes, o revocaciones
~~contra~~ ley, en el concepto público, sin darme
oficial reparación, cuando la evidencia de
la verdad les era demostrada; ¿qué ha que
dado de lo de San Juan, i un poco de lo del
Perú i de Chile? Dese en lo primero, estado
de sitio, juicios militares, i operaciones mi-
litares, administración de saballos, &c.
violaron todas las reglas, desmontaron el
gobierno, i cometieron injusticias; i que
los documentos públicos i los hechos desaron
probado, que el mismo que fue prudente, fue
aquel que tanto vituperaron.

Ahora pues diré a V. mi opinion sobre la
 ciudadanía. Es este un punto de derecho es-
 trano, en cuanto nuestra propia legislacion
 tiene que obrar sobre extranjeros. Nosotros
 no podemos, no obstante nuestra facultad
 de legislar, fijar esas cuestiones, sin hacer
 que la Francia, la Inglaterra, la España
 la Italia consientan en nuestro derecho
 segun lo pretendemos, es decir sin remitirnos
 a las ideas que del derecho sobre sus subdi-
 tos en América. Lojos pues de pedirle a los
 Estados Unidos que reconozca tales o cuales
 nociones nuestras sobre ciudadanía, que
 a eu se reduce un tratado de reciprocidad,
 debemos estudiar cuales son las que ellos
 sostienen con respecto a emigrantes, de-
 naturalizados i ciudadania, i adoptarlas,
 para erandar nuestro débil derecho, tras
 el fuerte derecho de los Estados Unidos, i con-
 tituir así un derecho colonial, que la Euro-
 pa reconocera al fin tanto en Buenos
 Aires, como en Nueva York, abandonando
 así el pretexto de reclamarlos ella, y garan-
 tando nosotros ciudadanos, que no nos da la
 emigracion, i causa del conflicto de
 los Reyes de ciudadanía o sus allegados.

europeo, i nuestra reales leyes i prácticas que hacen que la propiedad vaya pasando de día en día a manos de los extranjeros, sin que haya medio de hacer de ese extranjero no solo un ciudadano, pero ni un amigo si- quiera. V. i Buenos Aires me han dicho mu- cho sobre ese punto: mucho he oído, con poquísimo resultado; porque esos pobres pue- blos españoles, preocupados con el círculo de ideas viciosas en que se han criado, no quiere en razones que no sean avanzar en el mismo camino errado en que van. Se acuerda de mi licencia con el Carmel sobre sesiones extraordinarias, provocadas por diez (la minoría). Era eso: altarda sobre altarda! ¿Que propone- ro? Suprimir la Comisión Permanente (la policía). Nadie me entendió.

La República Argentina es el caos! i en lugar de gobernar, tenemos un día, que sentamos V. i yo, i cuantos hombres sinceros tiene el país, (sin los titingos, i fantasmoneos) a estudiar el origen de todos los medios de salvarnos, desahucian- do el modo que se está haciendo, i no, va a horror.

Vea las islas del Paraná. Buenos Aires no tiene tierras públicas que dar al emigrante, que no puede fijarse sino en sujeción exa-

la en su territorio, que está repartido ya i
 poseído. Al mismo tiempo que enrayabamos
 la lei de Chivilcoy, emprendi responder a
 esa objecion, con una tierra que no habia
acaparé los señores feudales, i me separan
 fuere, bajo la lluvia del ridículo, porque
 no las cobraba codicia. Cuando veo ahora
 al ptano que Huthinson ha publicado en
 Londres de la Dolta del Paraná, empiezo a
 sobar los dedos para dentro de pocos años,
 declararlo Territorio de Garapaitai, i de
 Aspirópolis, para mayor burla; i entonces
 voy a levantarse a los de la autonomía,
 declarando que es propiedad de Buenos
 Aires, sin embargo que la tierra repartida,
 principia desde el alto de la barranca.

Se visto con placer que han venido en
 las demoras a los ultimas autonomistas. Qui
 habria meditado con el gobierno en manos de
 Adolfo Alsina. Se ha publicado una carta
 que sobre esto le escribi a Avellaneda. Sen
 taria que no. Despues de las grandes i largas
 tiranias, el mayor de los peligros que la
 libertad corre, es que les sea la pietud
 que nacio i se creó bajo su yugo. Este peligro
 atravesó la Inglaterra despues de los siglos
 la Francia despues de Napoleón, trageva

Otra vez los Estuardos, i los Napoleones, por
su incapacidad de gobernar. Y es uno de
los pocos de aquel tiempo que hayan pres-
tado un sano concurso a la reconstrucción
de la República, pues si alguna, tendencia,
libertina, que no liberal le quedan, son
las del viejo e insuperable partido unitario,
que desde el día siguiente de la revolución,
con Bourneau i Payne por maestros, vino
destruyendo el gobierno, i por tanto conspi-
rando contra si mismo, hasta entregar
el poder al primer pícaro Dorrego, Rosas
que se presentaba a explotar el país. Las
cosas de San Juan eran de esta escuela. Las
garantías, ¿se ve cómo no nos cogió el truco?
¡Eran tan bruto el pobre! i mas cándido, que
el médico, que no cree que en política se
puedan aplicar cauterios, sangrías i ampu-
taciones, sino lavativas a sus amigos (~~para el~~
~~calor~~), i para los marzorgueros, ontivero, i de
maz fragidos, anodinos, emplastos, i agua de
malva, con grande aptauro de la elicientela,
que como los niños, no quiere remedio, a
marcos. Oh! sapientia!

Espero con ansia saber lo que han hecho
50 obaeros de a cinco toneladas, sobre Huncaita. Pe-
cien respire! quedando su apuesto amigo.

C. J. Saviniento.